

Pierre Mabilie (1905-1952), incomparable escritor surrealista francés, apenas conocido en España (y menos aún traducido), nace en Reims. Médico como su padre, a sus 21 años ejerce de médico clínico en varios hospitales de París. Su enorme curiosidad intelectual lo lleva de la medicina hasta un vasto saber enciclopédico, de las matemáticas y la física al esoterismo.

Buscado por la policía de Vichy, embarca en 1940 en Marsella rumbo a Orán y a otros destinos hasta llegar a Haití, donde aportará su saber médico en la mejora del régimen sanitario, y lo ampliará con el estudio de las culturas animistas del país, llegando con el vudú a una visión africana del mundo que contrasta con el etnocentrismo occidental. Regresa a París en 1945, donde muere en 1952 cuando estaba trabajando en su despacho médico.

Anotamos a continuación la traducción al castellano llevada a cabo por Magalí Sirera y Quim Sirera de este texto de Mabilie.

Lo Maravilloso

El hombre, un pedazo de espacio, un volumen pleno, denso, cubierto de defensas destinadas a mantener su unidad viviente, pero, ¿no es más bien una forma sensible, una superficie de contacto temblorosa donde se hallan las delicadas terminaciones nerviosas del tacto, la vista, el gusto, el olfato y el oído, una superficie, origen de las percepciones y punto de partida de la inteligencia? El hombre es por sí mismo una frontera consciente situada entre dos mundos: el del interior, el yo indivisible, que es la vida real, insondable directamente; y el del exterior, el universo ilimitado, indefinidamente multiplicado y dividido.

El yo, un acervo de órganos, cuya geometría secreta ordena su arquitectura y su función.

Una sinfonía de ritmos, que, coordinadamente, mantienen la vida: el corazón se contrae y se relaja como una medusa en su movimiento constante, mientras que el aleteo de la respiración sopla más lentamente en las combustiones celulares. El ciclo que adormece y despierta; ese otro vinculado a la rotación lunar que induce las mareas hormonales e invierte sus corrientes. Por último, los ciclos todavía más largos, todavía más embrollados en su multiplicidad, que regulan los tiempos de la actividad y de la hibernación, y engendran esas fases de cambio, de catástrofes interiores, esas metamorfosis por las cuales la continuidad del ser presenta sus caras renovadas.

El yo, un alambique donde el aire, el agua, el alimento del exterior se convierten en carne, una carne parecida a la de todos los seres vivientes y, al mismo tiempo, tan personal que refleja una forma particular, una ecuación única. Brotando de estos misteriosos hornos de la alquimia, las descargas del deseo (impulsos de gran violencia, erupciones de llamas), las necesidades, las apetencias, así como la aversión y el rechazo.

Y, más allá de la frontera, el universo, el lugar del Otro, las formas diversas de los hombres y las mujeres, los animales cuyo destino es insólito, las plantas, esos incomprensibles ejercicios de una geometría viviente, así como los cristales, los rayos de luz, los vientos enfurecidos, el sol indiferente que, con su alejamiento, regula y ordena todas las cosas. Un mundo de formas, cada una de las cuales representa una emocionante interrogación; unas, cercanas, que la mano agarra y estruja por curiosidad o por necesidad; otras distantes, lejanas, borrosas, que el ojo percibe sin siempre poder afirmar si han sido vistas o imaginadas, percibidas o soñadas. Un mundo que, en cualquier instante, viene a robarnos, a herirnos, y cuyas fuerzas son tan superiores a las nuestras. Un mundo, fuente de terrores y también de alegrías, origen de todas las preguntas y también de todas las respuestas, campo de acción de nuestras investigaciones. Un mundo cuyo aspecto modificamos parcialmente por el trabajo secular y que, por una dialéctica implacable, modela nuestra propia superficie. Un universo inquietante de luchas, que alternan con encantamientos, en los que penetra el poeta Benjamin Péret en el siguiente texto:

*Bordeaba el lago admirando la exuberante vegetación
de bruma florida de ágatas y de cabelleras de mujeres,
de corales dorados y de ojos claros con largas pestañas,
cuando, a la vuelta de un matorral de espino blanco
de cristal, vi sobre un prado más transparente que el
agua de un torrente cargado de truchas, corriendo para
detenerse en el borde del lago, una niña pequeña que
buscaba a su hada.*

*— Hada, ¿dónde estás? Es aquí donde me has dado cita.
Te busco por doquier, bajo los helechos y las setas, en el
cáliz de las bocas de dragón, en los nidos abandonados,
y no te veo.*

*Desde el otro lado del lago, una clara carcajada le
respondió:*

— No soy un pez para que me busques metido en el

agua. ¿Acaso no me ves sentada en mi trono de rosas?
Bebe el agua del lago y podrás encontrarme, pero
apresúrate porque el dragón empieza a abrir su gran
boca sobre mi cabeza. Ven deprisa a pedirme al oído lo
que deseas mientras estemos a tiempo.

Salí de puntillas para no perturbar el diálogo entre
la niña y la última hada y, tras un largo paseo en el
claroscuro del sotobosque, desembocaba de nuevo
a la orilla del lago negro. Pero el paisaje se había
transformado. Ya no estaban los prados resplandecientes,
los matorrales de cajitas de música, un cataclismo había
pasado por allí. Peñascos puntiagudos se erigían hacia
el cielo, rodeados de niebla del atardecer y, sobre uno de
ellos, un león gruñía amenazante.

Huí perseguido por el león y tuve el tiempo justo de
desaparecer por la estrecha apertura de una cueva se
abría ante mí. Aunque no era exactamente una cueva,
ya que estaba bañada por una extraña luz de acuario
y podía contemplar a placer la vegetación de puntillas
heladas que la adornaba. Perdido en tal contemplación,
no me fijaba en el suelo que pisaba, en varias ocasiones,
tropecé con huellas de pies o más bien de talones, como
si hubieran andado bajo tierra con la cabeza hacia
abajo...

El cielo nocturno era visible por numerosas aperturas.
Se veía incluso el pie de la luna que parecía listo para
posarse sobre mi cabeza y aplastarme como a un insecto.

Instintivamente, me deslicé entre las piedras
desprendidas de rocas pulidas que obturaban el paso
y de repente me encontré cara a cara con un oso hor-
miguero-araña que, ocupado acicalándose y alisando
su pelo, no veía el ave de rapiña que iba a abalanzarse
sobre él.¹

1 Péret, Benjamin: *Entre chien et loup*. Minotaure, n. 8, 1936.

Un mundo que algunos llaman la realidad, pero que no es más que un incesante descubrimiento; un misterio indefinidamente renaciente que la imaginación, armada de cálculo y de aparatos de precisión, nos muestra distinto de lo que nuestros sentidos habían percibido en el primer contacto; un universo del cual es lícito preguntarse si no es otro completamente distinto del que concebimos habitualmente; un universo que podría ser el de André Breton, en el poema titulado “Vigilancia”.²

En París la torre de Saint-Jacques vacilante

Se asemeja a un girasol

Algunas veces viene a chocar de frente el Sena y su sombra resbala imperceptiblemente entre los remolcadores

En ese momento sobre la punta de los pies en mi sueño

Me dirijo hacia la habitación donde estoy tendido

Y le prendo fuego

Para que nada subsista de ese consentimiento que me arrancaron

Los muebles hacen entonces sitio a los animales de igual tamaño que se miran fraternalmente

Leones en cuyas melenas acaban de consumirse las sillas

Tiburones cuyo vientre blanco se incorpora al último estremecimiento de las sábanas

A la hora del amor y de los párpados azules

Yo me veo arder también veo este escondrijo solemne de naderías

Que fue mi cuerpo

Explorado por los picos pacientes de los ibis del fuego

Cuando todo termina yo entro invisible en el arca

² Bretón, André: Poemas I. Madrid: Visor Libros, 1993. Traducción de M.Alvarez Ortega.

*Sin preocuparme de los caminantes que van por la vida
haciendo sonar muy lejos sus torpes pasos*

Veo las aristas del sol

A través del espino de la lluvia

Oigo desgarrarse la ropa humana como una enorme hoja

*Bajo la uña de la ausencia y de la presencia que están
confabuladas*

*Todos los oficios se marchitan no queda de ellos más que
un encaje perfumado*

*Una concha de encaje que tiene la forma perfecta de un
seno*

Yo solo toco el corazón de las cosas poseo el hilo

El hombre cuestiona las formas errantes, buscando un sentido a su presencia, a sus movimientos, a su contenido. Quiere comprender, para tranquilizarse, para establecer un contacto, para encontrar un lugar en lo desconocido. ¿Quién hizo tal cosa?, pregunta. ¿Y por qué esto? Sobreentendiéndose con ello: “¿Quién me hizo y por qué?” Desde hace siglos, surgen las respuestas de los bosques ecuatoriales, de las estepas de Asia, de las mesetas de América; he aquí una que nos llega de los indios de Colombia:³

*La creación. — Un fantasma, tan solo había aquello. El
padre tocó al fantasma y alcanzó algo misterioso. No
había nada. A través de un sueño, el padre, Nainuema, lo
alcanzó y reflexionó.*

*No había varita mágica para mantener el fantasma, lo
sostenía con su aliento, a través de un hilo de sueño.
Sintió dónde estaba la base de la quimera vacía, pero*

3 Leyenda recogida por Cinrad-Théodor Preuss y publicada en: Textaufnahmen und Beobachtungen bei einem Indianerstamm. [*Fragmentos de textos y observaciones de un indígena en Colombia.*] Colombia, Vandernhoeck und Ruprecht, Gottingen, 1921.

no había nada: agarró el vacío. Pero no había nada. El padre buscó más lejos; buscó el fondo de aquello, tanteó para encontrar el centro de la quimera. El padre ató el vacío a un hilo de sueño y lo cubrió de goma mágica arábika. Siguiendo su sueño, lo sujetó gracias al medio mágico isíako, parecido a la embriaguez producida por el tabaco y semejante también a un copo de algodón.

Tomó el fondo de la quimera y lo aplanó pisoteándolo. A continuación se sentó sobre la tierra plana con la que había soñado y la aplanó pisoteándola. Sostenía la tierra quimérica y escupió varias veces por la boca para que crecieran los bosques. Luego se transportó a este lado del mundo y colocó encima el techo del cielo o, más exactamente, quitó el cielo de la tierra como la piel de un animal. Tomando posesión de la tierra, puso encima el cielo azul y el cielo blanco. Después, Rafuema, “aquel que conoce la historia”, creó esta historia al pie del cielo, es decir, en el mundo inferior, después de haberlo pensado mucho tiempo, con el fin de que pudiéramos traerla a la tierra. Los inmensos árboles de los bosques crecieron y la palma de moriche trajo frutos para que tuviéramos algo para beber. En el agua del padre crecieron todos los árboles y todas las lianas. Él solo creó el grillo y el mono choruco para que comiera los frutos de los árboles, el mono que pela el maíz, el tapir que come los frutos aquí abajo, es decir en el suelo de la tierra, los grandes cerdos salvajes, el borugo para comer los bosques y todos los animales, por ejemplo el tintin.

Creó al tatou, que llegó con un colchón en la espalda, el gran tatou y todos los animales como el ciervo chonta, el yurumí y el oso hormiguero. En el aire creó el águila real, que como los chorucos, el loro cuyodo, el guacamayo rojo y todos los pájaros, la gallina salvaje, los pavos eifoke, el buitre y el águila. Creó a todas las aves, el pájaro carpintero, los pájaros sidyu, la grulla, la golondrina, el periquito sarok, el guacamayo verde.

Creó al “mariana” que ahora sabe comer peces, el pato apestoso, la garza bueyera, el murciélago, el pájaro mosca. Creó al grande y el pequeño sapo que viven ahora en el agua. La avispa se comió nuestras colas. Antes todos teníamos cola, incluso nosotros, al nacer. En primer lugar, la avispa se comió la cola del sapo, luego se puso a comer la de los hombres y a continuación, cuando se había cansado de tanto picotear, los que quedaban se transformaron en mono choruco, aunque antes hubieran sido hombres.

Confieso que el relato indio, a parte de su valor poético, no es del todo aceptable; pero ¿acaso lo son más las tesis científicas de ahora y, en su lenguaje, voluntariamente abstracto, no contienen una parte igual de maravilloso y de imaginación exaltada? El lento enfriamiento del planeta, la migración de los continentes, la periodicidad de las heladas y de las eras calientes, la filiación de la vida buscando su expresión refinada a través de miles de formas animales, el paso insensible de una especie a otra, las mutaciones bruscas... Los naturalistas trazan, desde hace siglos, un fresco cuyo valor emocional es para mí igual al de los cuentos antiguos.

El hombre percibe, en la penumbra de la naturaleza, un orden que lo encierra y en el que participa; percibe una regla escondida, le parece imposible que la ley no sea conocida por nadie, que no haya seres que la comprendan y se la puedan revelar. En esta espesa conspiración del silencio, seguramente, en un momento dado, alguien habló. ¿Sería hace mucho tiempo cuando los animales del bosque usaban todavía el lenguaje, sería en la cima de las montañas más impenetrables, allí donde nos acercamos al cielo, sería durante el éxtasis de un hombre puro santificado por el dolor? La “palabra de luz” bien debe conservarse en un lugar desconocido por los ancianos sensatos y sabios... Y he aquí que se emprende la búsqueda del Graal, la conquista del Vellochino de Oro, la búsqueda del oro filosofal. A través de los penosos caminos de la iniciación, de las pruebas sucesivas atravesando el fuego, el agua, los sufrimientos morales, viajando por las

casas del Tigre, del Viento, de la Muerte, como lo hacían los de Chichen-Itza, el adepto, el postulante avanza hacia el santo de los santos, hacia el Lugar sagrado inaccesible, donde todo le será confiado.

La mayoría de leyendas que han atravesado los siglos y que nos llegan de las regiones y los tiempos más alejados, nos hablan de este viaje iniciático; todas ellas están repletas de maravillas. La Edad Media nos ha dejado numerosas trazas de este recorrido que siempre nos parece vano en el otro, e incluso ligeramente ridículo, porque en el fondo tenemos nuestro propio camino trazado hacia la luz y, por supuesto, nos parece el único aceptable. Citaré aquí un fragmento de “Bodas alquímicas” de Christian Rosacruz, texto escrito en torno a 1610 y atribuido a Valentin Andree, nacido en 1586, que, sin duda, quien lo firma no hizo sino transformar un escrito anterior. El adepto llega al sexto día, es decir, a la sexta etapa de la iniciación, ha penetrado muy adentro en los arcanos y se encuentra en la parte secreta del “Castillo”.⁴

Al pasar al piso superior el agujero se volvió a cerrar; entonces vi que la esfera estaba colgada en medio de la sala con una fuerte cadena. Había ventanas alrededor de la sala y otras tantas puertas alternaban con las ventanas. Cada puerta tapaba un enorme espejo pulido. La disposición óptica de puertas y espejos era tal que, cuando se abrían las ventanas del lado del sol y se destapaban los espejos tirando de las puertas, brillaban soles en toda la circunferencia de la sala, y esto pese a que este astro, que ahora brillaba por encima de toda medida, no diera más que en una puerta. Estos soles esplendorosos flechaban sus rayos, por medio de reflexiones artificiales, sobre la esfera que estaba suspendida en el centro, y como además la esfera era pulida, despedía un fulgor tan intenso que ninguno de

4 Rosacruz, Christian: *Las bodas alquímicas*, Ediciones Obelisco. Traducción de Julio Peradejordi.

nosotros pudo abrir los ojos. Tuvimos que mirar por las ventanas hasta que la esfera tuvo el calor justo y se obtuvo el efecto apetecido. De esta manera vi la mayor maravilla que nunca ha producido la naturaleza: los espejos reflejaban soles por doquier, pero la esfera del centro resplandecía con mucha más fuerza, de modo que nadie de nosotros pudo aguantar ni por un instante su resplandor, igual al del mismísimo sol.

Finalmente la virgen hizo cubrir los espejos y cerrar las ventanas para dejar que la esfera se enfriase un poco; eso ocurrió a las siete.

Después del esfuerzo nos preparamos nuevamente para el trabajo, pues la esfera se había enfriado lo suficiente. La tuvimos que desatar de su cadena, lo cual nos costó no pocos pesares, y la depositamos en el suelo.

Luego, discutimos cómo la partiríamos, pues se nos ordenó que la cortáramos en dos por la mitad; por fin hicimos lo más difícil del trabajo con un puntiajado diamante.

Cuando abrimos la esfera vimos que ya no contenía nada rojo sino solamente un enorme y hermoso huevo, blanco como la nieve.

Tuvimos que descansar de nuevo durante quince minutos hasta que otro agujero nos abrió al cuarto piso al que llegamos gracias a nuestros instrumentos.

En esta sala vimos una enorme caldera de cobre llena de arena amarilla a la que calentaba un fuego despreciable. El huevo fue enterrado en ella para que acabara de madurar. La caldera era cuadrada, y en una de sus paredes estaban grabados con letras grandes los versos siguientes:

O. BLI. TO. BIT. MI. LI

KANT. I. VOLT. BIT. TO. GOLT.

En la segunda se leían estas palabras:

*SANITAS, NIX, HASTA.*⁵

La tercera llevaba únicamente la palabra:

*F.L.A.T.*⁶

Pero en la cara posterior había toda la inscripción siguiente:

QUOD:

Ignis, Aer, Aqua, Terra:

*SANCTIS REGUM ET REGINARUM NOSTRUM CINE-
RIBUS*

Erripere non potuerunt.

FIDELIS CHYMICORUM TURBA

IN HANC URNAM

CONTULIT

*AÔ*⁷

*Se terminó la incubación y el huevo fue desenterrado.
No fue preciso romper la cáscara pues el pájaro se libró
en seguida por sí mismo y empezó a retozar, aunque
era disforme y estaba ensangrentado. Primeramente lo
pusimos encima de la arena caliente, después la virgen
nos pidió que lo atásemos antes de darle alimentos si no*

5 Salud, Nieve, Lanza. La lanza evoca la muerte, o sea, el color negro; la nieve, la pureza, o sea, pues, con un resumen de la Obra y de sus tres colores. el blanco; y la salud la vida regenerada o sea, el rojo.

6 Alusión al «Fiat» (Hágase) bíblico del Génesis 1-3. El Génesis habla, en el fondo, de la Obra Hermética que, según los alquimistas, es comparable a la Creación del mundo. (Ver La Entrada Abierta al Palacio Cerrado del T=terra, tierra. Rey, cap. V-1 y nota 1.) Podría verse también aquí una evocación de los cuatro elementos: F = fumus, vapor de agua, I= ignis, fuego, A = aer, aire, T= terra, tierra.

7 Lo que el Fuego, el Aire, el Agua, la Tierra, a las santas cenizas de nuestro Rey y nuestra Reina, no pudieron arrancar la fiel turba de los químicos lo depositaron en esta urna. AO.

queríamos tener incontables complicaciones. Lo hicimos así. El pájaro creció tan rápidamente frente a nuestros ojos que comprendimos muy bien por qué la virgen nos había avisado. Mordía y arañaba rabiosamente a su alrededor y si se hubiera adueñado de uno de nosotros hubiera dado rápidamente buena cuenta de él. Ya que el pájaro –negro como las tinieblas– estaba completamente furioso, le trajeron un alimento distinto, posiblemente la sangre de otra persona real. Entonces le cayeron las plumas negras y en su lugar aparecieron otras blancas como la nieve. Inmediatamente, el pájaro se apaciguó un poco y dejó que nos acercáramos a él con más facilidad; no obstante, lo mirábamos con desconfianza. Con el tercer alimento sus plumas adquirieron tonalidades tan brillantes como no he visto en toda mi vida, y se mostró tan dulce y se familiarizó de tal forma con nosotros que, con el consentimiento de la virgen, lo liberamos de sus ataduras.

«Ahora –dijo la virgen–, para agradecer vuestra aplicación, la vida y una perfección sin parangón han sido dadas a este pájaro; conviene que, con la aprobación de nuestro anciano, festejemos este acontecimiento alegremente.»

Después de la comida no se nos permitió un descanso largo; la virgen salió con el pájaro y nos abrieron la quinta sala a la que subimos de la misma forma que anteriormente, preparándonos enseguida para el trabajo.

En esta sala se había dispuesto un baño para el pájaro. Lo tiñeron con un polvo blanco y tomó el aspecto de la leche. Al principio estaba frío y el pájaro, una vez metido en él, pareció encontrarse a gusto y empezó a retozar. Pero cuando el calor de las lámparas empezó a entibiar el agua tuvimos mucho trabajo para mantenerlo en ella. Así que pusimos una tapadera en la caldera dejándole que sacara la cabeza por un agujero. El pájaro perdió todo su plumaje en el baño y se le quedó la piel tan

lisa como la de un hombre, aunque el calor no le causó ningún otro daño. De forma sorprendente, las plumas se disolvieron por completo en el baño al que tiñeron de azul. Por fin dejamos que el pájaro escapara de la caldera; estaba tan liso y tan brillante que daba gozo verlo; como era un poco arisco tuvimos que ponerle un collar con cadena alrededor del cuello. Entonces paseamos un poco por la sala. Entretanto, encendieron un fuego enorme bajo la caldera y evaporaron el baño hasta que se secó. Quedó entonces una materia azulada; la despegamos de la caldera, la trituramos, la hicimos polvo y la preparamos sobre una piedra y con ella pintamos toda la piel del pájaro.

Éste tomó entonces un aspecto si cabe más curioso pues, aparte de la cabeza, que permaneció blanca, era enteramente azul.

Así terminó nuestro trabajo en esta sala y, cuando la virgen nos abandonó con su pájaro azul, nos llamaron al sexto piso, al que subimos, como siempre, por una abertura en la bóveda.

Allí asistimos a un espectáculo que nos apenó. En el centro de la sala colocaron un pequeño altar parecido en todo al que habíamos visto en la sala del Rey; los seis objetos ya descritos se encontraban sobre él y el propio pájaro era el séptimo.

En primer lugar, presentaron la fuentecilla al pájaro, que sació su sed en ella; después, el pájaro vio la serpiente y la picó hasta hacerla sangrar. Tuvimos que recoger esta sangre en una copa de oro y verterla en la garganta del pájaro, que se debatía fieramente; luego introducimos la cabeza de la serpiente en la fuente, lo que le devolvió la vida, trepó en seguida a la cabeza de muerto, en la que penetró, y no la volví a ver durante mucho tiempo.

Mientras sucedía esto, la esfera continuaba efectuando sus revoluciones hasta que tuvo lugar la conjunción

deseada, momento en que en el reloj sonó una campanada; cuando poco después se realizó la segunda conjunción, la campana sonó dos veces. Finalmente, cuando vimos la tercera conjunción y la campana la señaló, el mismo pájaro puso su cuello sobre el libro y se dejó decapitar humildemente, sin resistirse, por aquel de nosotros al que la suerte había designado para ello. Sin embargo, no brotó de él ni una sola gota de sangre hasta que no se le abrió el pecho; entonces corrió fresca y clara como una fuente de rubíes.⁸

Hoy en día, el castillo misterioso es reemplazado, para muchos de nosotros, por los laboratorios, en los cuales, bajo el paraguas de las matemáticas por el esoterismo de la matemática, gracias a experimentos incomprensibles para el profano, la humanidad persigue su sueño de conocimiento y poder. Como antaño, quiere dominar la naturaleza, y, combinando los elementos, crear a la vez el arma más terrible y el remedio sanador más completo: la divina Triaca.

El hombre, al salir de estos templos y de estos laberintos, se pregunta con pavor si el universo continuará fiel a su aspecto actual o si se encuentra en vísperas de destruirse o de transformarse. El fin del mundo es un tema constante de lo Maravilloso. Recordemos los textos apocalípticos que circulaban en Asia Menor a principios de nuestra era y de los cuales el Apocalipsis de San Juan es uno de los más magníficos. Recordemos el terror del año 1000, en la Europa medieval devastada por las guerras y por la peste. De la época actual, señalo los poemas tan curiosos de Léon-Paul Fargue en Vulture. Ellos constituían las imágenes proféticas de los terribles cambios de hoy, en los que muchos ven, no el fin del mundo, sino el fin de un mundo.

Sobre este tema, echo mano de las “Iluminaciones” de Arthur Rimbaud:⁹

8 Nota del autor. Observemos en este texto alquímico la aparición del pájaro azul y la lucha entre el pájaro y la serpiente que obsesiona a la humanidad desde sus orígenes y que México ha tomado como símbolo.

9 Rimbaud, Arthur: Iluminaciones, Galaxia Gutemberg, 2023. Traducción de Miguel Casado.

*Cuando el mundo quede reducido a un solo bosque
oscuro para nuestros cuatro ojos asombrados, –a una
playa para dos niños fieles– a una casa musical para
nuestra clara simpatía, –te encontraré.*

*Y no haya aquí sino un anciano solo, tranquilo y hermoso,
rodeado de un «lujo inaudito», –y yo estoy a tus pies.*

*Y haya hecho realidad todos tus recuerdos, –y sea yo la
que sabe amarrarte, –te ahogaré.*

*Cuando somos muy fuertes, quién retrocede; muy alegres,
quién se pone en ridículo. Cuando somos muy malvados,
qué podrían hacernos.*

*Acicálate, baila, ríe. –Nunca podré arrojar el Amor por
la ventana.*

*— Compañera mía, mendiga, monstruo de chiquilla,
todo te da igual, esas desdichadas y esos manejos, y mi
confusión. Únete a nosotros con tu voz imposible, tu voz,
halago único de esta mísera desesperanza.*

*Mañana cubierta, en julio. Un sabor de ceniza flota en
el aire; olor de madera que rezuma en la chimenea, las
flores maceradas –los paseos arrasados– la llovizna de
los canales en el campo –¿por qué ya no los juguetes y el
incienso?*

*He tendido cuerdas de campanario a campanario;
guirnalda de ventana a ventana; cadenas de oro de
estrella a estrella, y bailo.*

*El alto estanque humea continuamente. ¿Qué bruja va a
levantarse en el ocaso blanco? ¿Qué frondas violeta van
a descender?*

*Mientras los fondos públicos se esfuman en fiestas de
fraternidad, suena en las nubes una campana de fuego
rosa.*

*Avivando un agradable olor de tinta china, polvo negro
llueve dulcemente en mi vigilia. – Reduzco las luces de*

la araña, me tiro en el lecho, y vuelto hacia el lado de la sombra os veo, niñas mías, reinas.

El hombre es un momento en el tiempo; su vida, una trayectoria luminosa entre dos grandes playas negras: el pasado y el porvenir; chispa viviente, similar a la cerilla que se enciende en la oscuridad opaca, chispa que conecta dos noches: una, donde la pasión de dos cuerpos engendró; la otra de silencio, con su gran punto álgido: la Muerte.

Sin embargo, visto desde más cerca, la trayectoria no es tan simple. Primero, al inicio, es el empuje progresivo, como la eclosión del brote. Todas las potencialidades encerradas, virtuales, se activan una tras otra, en encadenamiento de espirales: el corazón que palpita en el embrión marino, el aliento en el momento de la aparición, el ojo que se abre, la mano y el pie que se afianzan, el vigor que se despierta..., el ser completo.

El fin, también por olas decrecientes, el fin que me recuerda siempre al cierre metódico de una sala de espectáculo: la orquesta de las pasiones enmudece, las fundas cubren la cabeza calva y la encía desnuda, la luz se apaga en el cerebro y, mientras los últimos ecos se amortiguan, la última sístole, como el interruptor que se apaga. La noche, fuera... el recuerdo confuso del público que vuelve a casa.

En la cima de la curva, erguido con orgullo sobre el horizonte de su acción, en pleno mediodía de sombras crudas, entre el placer y el dolor, el hombre, angustiado, mira el camino. Del pasado, las imágenes se desdibujan, algunas siluetas de encaje bailan entre esqueletos de los colgados en la corte de los milagros de los siglos. En el camino del porvenir, el espacio, sin rostro, con algunos delgados destellos, con menos consistencia que el fuego fatuo que emerge de los estancos y juncos para engañar al viajero.

El ser, según su inclinación, está tentado de llevar el peso de su sueño hacia adelante o hacia atrás. Para uno, el pasado es ignorancia y crueldad, y la dulzura del progreso no puede ponerse en duda. Para el otro, el pasado es paraíso, jardín de las Hespérides, en el que reinaban la perfección y la felicidad. Era

la vida deliciosa de Adán antes de la caída, la Atlántida, lugar de los dioses, de los hombres-dios y las mujeres-hada que saludaban a las flores, las sirenas y los tritones. Ayer, la sociedad amable, los esplendores y las sabidurías de Grecia, la vida fastuosa de las cortes, mientras que hoy es desgracia y desorden.

Del mismo modo, el porvenir se engalana con los colores de los adornos de nuestros deseos y nuestros terrores. El día después de la muerte, la felicidad del jardín celeste, con sus orquestas colgantes; por el contrario, los círculos concéntricos del fuego, de las catástrofes, atravesadas por los gritos de dolor, y habría que leer aquí a Dante, los bellos poemas árabes sobre el Paraíso de Allah y las llamadas febriles del romanticismo.

Mañana, para la sociedad humana, un infierno mecánico, donde las razas, convertidas para siempre en esclavas, diversificadas como máquinas en una Metrópolis monstruosa, permitirían a unos amos, bellos y crueles, gozar eternamente de su conquista. Mañana, un paraíso de libertad y de confort, una sociedad que habrá suprimido la explotación del hombre y habrá vencido la miseria. Este devenir diferente es por el que los hombres luchan y mueren por millones, hacia él tiende toda nuestra voluntad. Me veo obligado a hablar de nuevo de las innombrables anticipaciones poéticas o científicas. Recojo de paso un corto texto de Henri Michaux titulado “Porvenir”.¹⁰

Siglos por venir

Mi verdadero presente, siempre presente, obsesivamente presente...

Yo que he nacido en esa época en que todavía se dudaba si ir de París a Pekín, ya entrada la tarde, por temor a no poder regresar la misma noche. ¡Oh! siglos por venir, cómo os veo.

Siglos infinitamente alejados,

Siglos de los homúnculos que viven de 45 a 200 días,

10 Rimbaud, Arthur: *Iluminaciones*, Galaxia Gutenberg, 2023. Traducción de Miguel Casado.

grandes como un paraguas cerrado, y que poseen su sabiduría como se debe.

Siglos de las 138 especies de hombres artificiales que, todos o casi todos, creen en Dios –¡naturalmente!– ¿y por qué no? que vuelan sin perjuicio para su cuerpo, ya en la estratosfera, ya a través de 20 cortinas de gas de guerra.

Os veo,

No, en realidad no os veo.

Muchachas del año doce mil que, desde la edad en que de nuestros burdos esfuerzos de mal desuncidos de la tierra.

Cuánto daño me hacéis ya.

Un día para estar entre vosotros y daría toda mi vida enseguida.

Y ni un mal diablo que me lo ofrezca.

El yo: un anillo de un extraño linaje de progenitura, más que una mezcla, un cristal compuesto, la culminación de más corrientes y más sangres de las que podemos saber, el fruto de cientos de encuentros insólitos que fueron posibles, ciertamente por el flujo y reflujo de las naciones, por la emigración y las conquistas, pero encuentros más misteriosamente ligados al juego pasional, ya olvidado y sin embargo inscritos en las profundidades del destino particular. Y en el yo, a menudo, surgen como fantasmas, los ancestros borrados por el tiempo. Tras la cortina de la conciencia confesada, una multitud de hombres con casco, de mujeres laureadas, que, como en los oscuros frescos de Siena, conservan tan solo un lado de su rostro; el otro desde hace mucho tiempo, ha sido devorado por el moho de la sombra.

He aquí lo que vió Gerard de Nerval y que anotó en *Aurelia*:¹¹

— *La nada* – replicó, *no existe en el sentido en que se*

¹¹ Nerval, Gerard de: *Aurelia*. Barcelona: Pequeña biblioteca Calamus Scriptorius, 1982. Traducción de José Benito Alique.

acostumbra a entenderla. Pero la tierra, por su parte, es un cuerpo material del que la suma de espíritus representa el alma. La materia, al igual que el espíritu, no puede perecer, pero puede modificarse para bien o para mal. Nuestro pasado y nuestro porvenir son solidarios. Vivimos en nuestra raza, y nuestra raza vive en nosotros.

La idea se me hizo al momento comprensible, y como si las paredes de la estancia se hubieran abierto en aquel mismo instante sobre perspectivas infinitas, me pareció ver una cadena ininterrumpida de hombres y mujeres en los que estaba yo, y que eran yo mismo. Las indumentarias de todos los pueblos, los rasgos de todas las naciones, se me aparecieron distintamente a la vez, como si mis facultades de atención se hubieran multiplicado sin llegar a confundirse, por un fenómeno espacial análogo a ese siglo de actividad en un solo minuto de sueño. Mi asombro se acrecentó al ver que toda aquella inmensa teoría se componía solamente de las personas que se encontraban en la sala, personas de las que simplemente había visto las respectivas apariencias dividirse y combinarse en mil aspectos fugitivos,

— Somos siete le dije entonces a mi tío.

— Ese es, en efecto —replicó él—, el número característico de cada familia humana. Y, por extensión, siete veces siete, y todavía más gente.

No me cabe la esperanza de hacer comprensible esta respuesta, que para mí mismo sigue siendo muy oscura. Ni siquiera la metafísica me suministra límites para la percepción que entonces tuve de la relación de dicho número de personas con la general armonía. En la pareja formada por el padre y la madre es fácil concebir determinada analogía con las fuerzas eléctricas de la naturaleza. ¿Pero cómo plantear los centros individuales

*emanados de ellos, y de los que ellos mismos emanan,
a la manera de una formación anímica colectiva cuya
posibilidad de combinación resultaría a la vez múltiple?
Sería tanto como pedir cuenta a la flor por el número de
sus pétalos o de las divisiones de su corola... o al suelo
por las figuras que en su superficie se dibujan, o al sol
por los colores de los que es causante.*

A la hora crepuscular, durante los domingos vacíos, el ser en su soledad se desespera, no vayan a hablarle de su unidad, de la de su cuerpo, de la de su pensamiento; si es pronunciada la palabra “uno”, responderá “solo”; posee la dolorosa percepción de que su misma persona física es incompleta, como amputada, que sus brazos son enlaces vacíos, cuya única geometría aceptable sería estar unidos alrededor del ser amado. El hombre se siente como la mitad de la pareja en la que él sitúa la unidad real. Desde su juventud, tiene la certeza de que, a través del mundo desconocido, existe, lejana, la otra mitad de sí mismo, el alma gemela, predestinada, la princesa de sus sueños; toda su curiosidad, todos sus tormentos serán desplegados hacia su descubrimiento. La busca en los rostros que, por un instante, quedan iluminados. La busca a pesar de los fracasos, los errores y las heridas que recibe.

Sobre el misterio del encuentro, este bello poema de Baudelaire, titulado “A une passante”. “A una que pasa” XCIII¹²

*Aullaba en torno mío la calle ruidosa.
Como una dolorosa, alta, esbelta, enlutada,
Pasaba una mujer y su mano enjoyada
Recogía los vuelos de su falda lujosa,
Descubriendo su pierna de estatuaria belleza.
Prendido de su entorno yo bebí fascinado
Del cielo de sus ojos, del huracán preñado,
El placer que nos mata y el dulzor que embelesa.
Belleza peregrina –relámpago fugaz–*

12 Baudelaire: *Las flores del mal. Les fleurs du mal*. Edición bilingüe. Madrid: Anjana, 1982. Traducción de Manuel Alba Bauzano.

¿Hasta la necesidad no he de volverte a ver?

*¡En otra parte, lejos! ¡tarde! ¡nunca quizá!
Pues ignoras mi ruta, como yo adonde huías,*

¡Oh tú a quien pude amar, oh tú que lo sabías!

El amor es una de las puertas del reino de lo Maravilloso. El ser amado –pero más bien releed el “Cántico de los cánticos” de Salomón– es el bálsamo supremo; cura el dolor y el hastío; es la reserva de nuestra fuerza, la luz en la noche, el espejo de obsidiana en el cual, con nuestra invocación, se refleja el mundo, el prisma a través del cual lo vemos con más veracidad. En los ojos amados, por primera vez, percibimos nuestra imagen; el ser amado, la envoltura para acurrucarse, el muro para apoyarse, el objetivo del combate, nuestra parte de inmovilidad, que podría bien ser, a fin de cuentas, el verdadero punto fijo que Arquímedes reclamaba para levantar el mundo.

El amor es, a la vez, el primer vínculo que une al hombre con sus iguales; también es la pasión que más lo separa de la sociedad. Con respecto a ella, el ser humano pierde bruscamente su valor único; se convierte en un fragmento ínfimo, una fracción con denominador ilimitado: la milmillonésima parte de una entidad desdibujada, la célula de un vasto cuerpo que posee sus fuerzas inmensas su propio destino. La humanidad no es la suma, sino la multiplicación de los individuos; su ritmo es de una envergadura que los sobrepasa infinitamente. Ella ha creado todo lo que poseemos y que representa el confort de la vida, pero por encima de todo ha producido “el lenguaje”, mediante el cual el pensamiento se construye en nosotros y mediante el cual lo comunicamos. Palabras, instrumentos de conquista, cristalización de memorias, resúmenes de experiencias, imágenes en potencia, testimonios de la asociación humana, reemplazasteis los primitivos gritos del miedo, del dolor, los gemidos del deseo, constituís además el patrimonio particular de las naciones; sin embargo, de una a otra, el hombre, igual por doquier, procura, mal que bien, mediante equivalencias,

confrontar las emociones comparables que ha adquirido a través de distintas experiencias.

El pensamiento se cuestiona sobre el valor de los instrumentos que emplea para formarse y proseguir su viaje. ¿Son las palabras meras fichas, similares a las monedas que la sociedad ha emitido para la comodidad de los ciudadanos, puras convenciones, decretos humanos que los diccionarios conservan y consagran, y expresan que los hombres en su largo pasado de luchas, o bien tienen relación, de algún modo, con el objeto que designan? ¿Tienen algún vínculo oscuro con la realidad exterior? Si no tienen tal vínculo, su moneda es solo una circulación del gran cuerpo social; si, por el contrario participan de la esencia de las cosas, el hombre tiene, gracias a la palabra, un medio de acción directo y mágico. Son entonces posibles: el encantamiento, el maleficio, la plegaria, el apremio de las fuerzas naturales y el exorcismo.

Es debido a su creencia en la potencia de la palabra y de la imagen dibujada que los Indios de México usaban recortes de papeles y recitaban las invocaciones para asegurar la prosperidad de la cosecha. He aquí uno, titulado “Conjuro para plantar magueyes”.¹³

Ea, que ya es tiempo, espiritado cuya dicha está en las aguas: vamos, que èmos de arrancar, y leuantar la estimable muger, la de ocho en orden, que è de ir á plantarla. Tengo de ir á ponerla en lugar muy á proposito, y muy fertil, que le è limpiado; alli la tengo de poner donde esté á su gusto.

Seas ya bien llegada, noble muger de ocho en hilera, que aqui es muy aproposito, y muy buen lugar: aqui labré y cultivé para que estes muy á gusto.

Vén acá espiritado (Palo), cuya dicha está en las aguas.

13 Jacinto de la Serna. *Manual de Ministros de indios, para el conocimiento de sus idolatrías y extirpación de ellas*. (1900). Anales Del Instituto Nacional De Antropología E Historia de México, 1(6), 261-480.

Ahora es tiempo, que estás de sason, muger de ocho en orden (Maguey), adierte que te è de entrar hasta el hueco de tu coraçon el espiritado, cuyas dichas son las llubias.

Ea, ya, que ya es tiempo: haz tu officio, chichimeco bermejo; ea, ya ahora raspa y limpia tu obra: ó de ser dentro del assiento del coraçon de la muger vna de ocho en hilera; hazle de dejar la tez muy limpia, y lo has de hazer, que luego llore, y se melancolise, y eche muchas lagrimas, y sude de manera, que salga vn arroyo de la hembra ocho en hilera.

Estame atenta, mi madre, y señora tierra, que ya te entriego á mi hermana la de ocho en hilera; cogela ya, y abraçate con ella fuertemente, porque no tardaré mucho en tornar á requerir el buen logro de la planta, que dentro de cinco instantes volveré a vissitarla, y á ver su buen logro. Y en siendo ya tiempo, &c.

La sociedad moderna se aleja de estos conceptos mágicos; sin embargo, conserva el uso de las grandes palabras abstractas para estimular el ardor del soldado, enardecer en el ciudadano el entusiasmo, el odio, el terror, o captar su confianza; y muchos, hartos de este lenguaje, exigen su revisión. El nuevo mundo, desde este punto de vista, desconfía de la herencia verbal del antiguo continente. Aimé Césaire, el último gran poeta francés, un negro de la Martinica, exclama:¹⁴

En vano en la tibieza de vuestra garganta maduráis veinte veces el mismo pobre consuelo, de que somos murmuradores de palabras.

*En vano: cuando pasa el cielo aterciopelado
la fulgurante sentencia poética,
oh tontos*

14 Mendonça Teles, G. y Müller-Bergh, K. (2002), *Vanguardia Latinoamericana. Historia, crítica y documentos*. Tomo II, Caribe, Antillas Mayores y Menores. Madrid: Iberoamericana (p. 251-252).

*vuestra febril sideración y vuestras oclusiones de ojos, y
vuestras parálisis*

y vuestras contracturas

y vuestros pulsos al galope

¡os han luminosamente desmentido!

Y

*¡Palabras! cuando manejamos los barrios de este
mundo, cuando desposamos continentes en delirio,
cuando forzamos humeantes puertas, ¡palabras! ah, sí,
palabras, pero palabras de sangre fresca, palabras que
son maremotos y eripselas, paludismos, lavas, y fuego de
malezas, y llamaradas de carne, y,
llamaradas
de ciudades...*

Sabedlo bien:

no juego nunca si no es al año mil

no juego nunca si no es al Gran Miedo

Aceptadme. Yo no os aceptaré.

*A veces me ven con un gran gesto del cerebro, atrapar
una nube demasiado roja, o una caricia de lluvia, o un
preludio del viento,*

no os tranquilicéis desmesuradamente:

*Fuerzo la membrana vitelina que me separa de mí
mismo, Fuerzo las grandes aguas que me cercan de
sangre*

*Soy yo, sólo yo que fija su lugar en el último tren de la
última ola del último maremoto,*

Yo soy, sólo yo

que fija una cita con la última angustia.

Soy yo, ¡oh! sólo yo

*que me aseguro con el caramillo,
¡las primeras gotas de leche virginal!*

El poema de Césaire me lleva a intentar definir desde más cerca lo Maravilloso. La sociedad que nos ha hecho como somos, cristalizó a nuestro alrededor esas espesas corazas de inteligencia, engendró las leyes, las organizaciones, los prejuicios, las costumbres, los razonamientos aprendidos, los manuales, las jerarquías, los hábitos estéticos; es como una corteza cultivada, estratificada, que tiende a separar cada vez más gravemente el fuego interior de nuestro ser del universo que le rodea. El hombre ama este cómodo vestido, comprende su valor, pero a la vez sabe que es obstáculo para su deseo, esclerosis y muerte. Lo Maravilloso resume, entonces, para él las posibilidades de contacto entre lo que está en él y lo que está fuera de él.

Lo Maravilloso expresa la necesidad de superar los límites impuestos, impuestos por nuestra estructura, alcanzar una mayor belleza, una mayor potencia, un mayor goce, una mayor duración. Quiere superar los límites del espacio y del tiempo, quiere destruir las barreras, es la lucha de la libertad contra todo aquello que la reduce, la destruye y la mutila; es tensión, es decir, algo diferente del trabajo regular y mecánico: tensión pasional y poética.

Lo Maravilloso aprovecha los puntos débiles de la inteligencia organizadora, como el fuego del volcán se insinúa entre las fallas de las rocas; ilumina los graneros de la infancia; es la extraña lucidez del delirio; es la luz del sueño, la luz verde de la pasión; aviva las masas en horas de revuelta.

Pero lo Maravilloso no es tanto la tensión extrema del ser sino la conjunción entre el deseo y la realidad exterior. Es, en un momento preciso, el instante turbador en que el mundo se pone de nuestro lado: la isla de Saint-Domingue, que apareció al alba, tras el decepcionante viaje de Colón, la imagen que surgió de repente y que se hizo invención, la palabra verdadera en el poema, el libro olvidado que, encontrado de forma imprevista, resuelve una interrogación, la mujer esperada que se presenta, el cartero

que llama a la puerta para traer la carta soñada la noche anterior, la aparición de Neptuno en el lugar indicado por Le Verrier, el hombre que se convierte en símbolo de la necesidad popular y la expresa.

La sociedad humana considera con inquietud estos estados y fenómenos; se siente irritada por las preguntas de los niños y les dice: “Cuando seas mayor, cuando te portes bien”. Mezcla en los cuentos que las viejas repiten para el goce de los pequeños, esas conclusiones morales que deben formar los ciudadanos sumisos.

Encierra a los locos, dejando en libertad a los más peligrosos: aquellos que, por su vulgaridad y sadismo, encuentran un eco prolongado y son venerados como jefes; las naciones sufren hoy esta experiencia dolorosa.

Se ríe de los sueños, de las premoniciones y procura desacreditar todo lo que no encuentra una explicación racional en el instante presente. Concede a lo Maravilloso una simple actividad teatral, alegórica, donde las formas vacías y supuestamente poéticas se debaten sin voz en medio de decorados de cartón. No sería demasiado capaz de protestar contra la asimilación de lo Maravilloso a la alegoría, a lo fantástico, a los fantasmas a bajo coste.

Persisto en aceptar como la más válida la definición de André Breton: “Lo imaginario es aquello que tiende a volverse real”. Es decir que, para algunos de nosotros, fieles al pensamiento de Heráclito, la actividad onírica, imaginativa, poética, no es un juego gratuito, un pasatiempo vano de ociosos diletantes y estetas, para nosotros corresponde a las zonas peligrosas en las cuales la energía se transmuta en realidad tangible. Consideramos el mensaje del artista como una prefiguración profética, un paso adelante en lo desconocido, no podemos, pues, sorprendernos de su oscuridad temporal. Nunca hemos podido disociar el poeta del profeta.

Y puesto que me encuentro en este terreno, dejadme que os cite una inquietante profecía que me fue remitida en 1939. Se le atri-

buye a Santa Odile (660-723). Con ella se explica un día singular del mes de agosto de 1944.¹⁵

Escucha, hermano mío! He visto el terror de los bosques y de las montañas. El espanto ha helado a los pueblos. Ha llegado el tiempo en que Alemania será llamada la nación más belicosa de la tierra. Ha llegado la época en que surgirá de su seno el guerrero terrible que desencadenará una guerra mundial, y que los pueblos en armas llamarán el Anticristo, aquel que será vituperado por las madres en llanto por sus hijos que como Raquel, ninguno podrá consolar.

Veinte distintas naciones combatirán en esta guerra. El conquistador partirá de las riberas del Danubio. La guerra que emprenderá será la más espantosa que los seres humanos hayan visto. Las armas escupirán fuego y los cascos de los soldados tendrán puntas y lanzarán relámpagos, mientras sus manos empuñarán antorchas encendidas. Obtendrá victorias por tierra, por mar y por el cielo; se verán en efecto sus guerreros alados, en cabalgatas inimaginables, levantarse en el firmamento para recoger las estrellas y luego tirarlas sobre las ciudades, provocando grandes incendios. Las naciones serán presa del estupor, y se dirán: ¡¡De donde viene este espanto!!?

La tierra será sacudida por el choque de los combates. Las flores serán rojas por la sangre y los mismos monstruos marinos huirán espantados al fondo de los océanos. Las generaciones futuras se asombrarán de que sus adversarios no hayan podido obstaculizar sus victorias. Torrentes de sangre humana correrán en torno a la montaña.

Será la última batalla. El conquistador habrá alcanzado el apogeo de sus triunfos hacia la mitad del sexto

¹⁵ Extraído de “El blog de Pablo Ramírez”, 25/01/2010 (<https://nuevaera.over-blog.es/article-santa-odilia-43591729.html>)

mes del segundo año de guerra. Será el fin del primer período llamado de las victorias sangrientas. El creará entonces de poder dictar sus condiciones. La segunda parte igualará en duración la mitad de la primera.

Ella será llamada el período de la dominación. Será rica en sorpresas que harán temblar a los pueblos. Hacia la mitad de dicho período los pueblos sojuzgados pedirán al conquistador: la paz! Pero no habrá paz. No será el fin sino el inicio del fin, cuando el combate sea librado en la Ciudad de las Ciudades. A este punto muchos de los suyos querrán lapidarlo. Y ocurrirán cosas prodigiosas en Oriente. La tercera fase será de breve duración.

Será llamada fase de invasión, porque por una justa compensación el país del conquistador será invadido por todas partes. Los ejércitos serán diezmados por una gran epidemia, y todos dirán que “es la mano de Dios”. Los pueblos creerán que su fin está próximo.

El cetro cambiará de mano y las madres se alegrarán. Todos los pueblos que fueron despojados recuperarán lo que perdieron y algo más. La región de Lutecia será salva a causa de sus montañas benditas y por la devoción de sus mujeres. Y sin embargo todos hubieran creído lo contrario.

Pero los pueblos irán a la montaña y darán gracias a Dios. Los hombres habrán visto cosas tan abominables en esa guerra que las generaciones sucesivas no lo podrán creer.

Desgracia para aquellos que no teman al Anticristo, porque él causará nuevos crímenes. Pero la era de paz seguirá a la de hierro y se verán los dos cuernos de la luna reunirse a la Cruz. Porque en aquellos días los hombres temerosos en verdad adorarán a Dios. Y el Sol brillará con un esplendor inconcebible”.

Ante el impulso místico tendido hacia la comunicación del ser con el más allá, la sociedad propone los marcos preformados de los cultos, las palabras preparadas de las plegarias, la bomba orgánica de las ceremonias. Tan solo seres de excepción logran, a través de fórmulas, trazar su camino hacia lo Maravilloso. Hubiera querido citaros los admirables cantos de santa Teresa de Ávila, las emocionantes palabras de Maestro Eckhart. Un buen número de otros místicos protestan contra la regla, como lo demuestra este poema de William Blake, poeta inglés del siglo XVIII.¹⁶

Soy Orc, el enroscado alrededor del árbol maldito. Los tiempos están revueltos, las sombras pasan, la mañana empieza a pintarse en el horizonte, y la dicha ardiente, que Urizen pervirtió y convirtió en diez mandamientos, esa noche por donde condujo a las celestes legiones a través del inmenso desierto, esa Ley de piedra, yo la he reducido a polvo bajo mis plantas. He lanzado los despojos de la Religión a los cuatro vientos, como un libro roto, cuyas páginas nadie recogerá, y que se pudrirán sobre las arenas del desierto, y se consumirán en los abismos sin fondo, para que los páramos se cubran de flores, para que los abismos se retiren a sus manantiales, para que la dicha ardiente se renueve y la bóveda de piedra se rompa, y para que la pálida lujuria religiosa, que busca la Virginidad, la encuentre en una prostituta, y halle en la honestidad de vestidos groseros la pureza inmaculada, aun habiendo sido violada en su lecho por la mañana y por la noche. Porque todo lo que vive es santo y sagrado. La vida posee su alegría en la vida misma, y el alma del dulce goce no puede ser manchada nunca. Las llamas envuelven el globo de la tierra, mas no consumen al hombre, que camina por entre los fuegos del deseo, cuyos pies se convierten en bronce, sus rodillas y muslos en plata, y su pecho y su cabeza en oro.

16 Blake, William, La boda del cielo y del infierno: primeros libros proféticos, Mundo latito. Edición y traducción de Edmundo González-Blanco.

La sociedad desconfía del impulso poético y crea, para contenerlo y disciplinarlo (!), las reglas de versificación, los modos definidos de expresión, las normas del gusto y de la estética. Desde Platón, el poeta está excluido de la ciudad, a menos que consienta hacerse el adulator, el adalid de la gloria establecida, el músico del desfile o el propagandista sumiso. Para el resto, los castigos, el descrédito, el pan duro, la miseria y la muerte. De esa protesta del inspirado, nace el poema de Maeterlinck:¹⁷

¡Oh! ¡Esas miradas pobres y cansadas! ¡Y las tuyas y las mías!

*¡Y aquellas que no están más y las que van a
/venir!*

*¡Y aquellas que no llegarán jamás y que existen
/sin embargo!*

*Las hay que parecen visitar pobres un domingo; Las hay
como enfermos sin casa,*

*Las hay como corderos en una pradera cubierta
/de ropa.*

Y esas miradas insólitas!

*Las hay bajo cuya bóveda se asiste a la
/ejecución de una virgen en una sala cerrada,*

*¡Y aquellas que hacen soñar con tristezas
/ignoradas!*

*Con campesinos en las ventanas de la fábrica,
Con un jardinero convertido en tejedor,*

*Con una tarde de verano en un museo de cera,
Con las ideas de una reina que mira a un
/enfermo en el jardín,*

17 Maeterlinck, M.: *Invernaderos*. Edición bilingüe, traducción y comentario por Valeria Castelló-Joubert. Diario de Poesía, núm. 66: 29-30.

*Con un olor de alcanfor en el bosque. Con el encierro de
una princesa en una torre,
/un día de fiesta,*

*Con navegar toda una semana sobre un canal
/tibio.*

*¡Ten piedad de los que salen lentamente como
/convalecientes en la siega!*

*¡Ten piedad de los que parecen niños
/extraviados a la hora de la comida!*

*¡Ten piedad de las miradas del herido hacia el
/cirujano,*

iguales a carpas bajo la tormenta!

*¡Ten piedad de las miradas de la virgen tentada! (¡Oh!
¡ríos de leche han huido en las tinieblas! ¡Y los cisnes
han muerto en medio de las
/serpientes!)*

¡Y de la virgen que sucumbe!

*Princesas abandonadas en pantanos sin salida, ¡Y esos
ojos donde se alejan a toda vela
/embarcaciones iluminadas en la tempestad!*

*¡Y lo piadoso de todas esas miradas que sufren
/por no estar en otra parte!*

*¡Y tantos sufrimientos casi indistintos y tan
/diversos sin embargo!*

¡Y las que nadie comprenderá jamás!

¡Y esas pobres miradas casi mudas!

¡Y esas pobres miradas que susurran!

¡Y esas pobres miradas ahogadas!

*¡En medio de algunas creemos estar en un
/castillo que sirve de hospital!*

*¡Y tantas otras parecen carpas, lirios de las
/guerras, sobre el pequeño césped del
/convento!*

*¡Y tantas otras parecen heridos atendidos en un
/invernadero!*

*¡Y tantas otras parecen hermanas de caridad en
/un Atlántico sin enfermos!*

¡Oh! ¡haber visto todas estas miradas!

¡Haber admitido todas estas miradas!

¡Y haber agotado las mías en su encuentro!

¡Y de ahora en más ya no poder cerrar los ojos!

La sociedad no es más tierna con respecto a la pasión y al amor, que se apresura a encerrar mediante lazos hipócritas de las instituciones y que llega a ahogar en las conveniencias sociales.

Pero el apetito de lo Maravilloso reaparece siempre; está presente desde el origen de la historia, tal como lo atestigua la colección inagotable de cuentos y leyendas. Hecho digno de ser señalado, estos cuentos son idénticos a través de los siglos, a pesar de su origen diferente, a pesar de las razas distintas que los cantaron. Se encuentran los mismos temas, pero incluso, esos temas se traducen por imágenes idénticas. He aquí algunos de los más comunes: atravesar el espejo, bucear en el lago al encuentro del hada, la princesa lejana dormida esperando a su caballero, la aparición del genio cerca de la cueva o de la fuente, el combate contra el monstruo cuyos ojos lanzan llamas, la inquietud en la intersección de caminos, con la manifestación en dicho lugar de genios engañosos, las huellas de sangre sobre la nieve, la virgen que deja escapar por la boca flores y perlas. Y la lista sería larga y su estudio conduciría a un psicoanálisis del sueño colectivo.

Lo Maravilloso continúa hoy, a pesar de las chaquetas y los vestidos de alta costura, a pesar de los progresos mecánicos; está presente en el hombre reclutado en la fábrica o en la oficina, re-

vestido con el uniforme más monótono; es el misterio de las noches, no porque esté hecho de oscuridad, sinó porque es luz en la noche. Está suficientemente presente para atraernos, en todas las ocasiones, a la llamada de su nombre y para que a la escucha de ciertos poemas sintamos una extraña emoción y tengamos la imperiosa necesidad de despojarnos del viejo hombre cuyo peso continúa pesando sobre todos nosotros. Lo Maravilloso es el veneno de las grandes profundidades que Lautréamont exploró en los “Cantos de Maldoror”¹⁸

Viejo océano, los hombres, pese a la excelencia de sus métodos, todavía no han logrado, con ayuda de los procedimientos de investigación de la ciencia, medir la profundidad vertiginosa de tus abismos, algunos de los cuales hasta las sondas más largas y pesadas han reconocido inaccesibles. A los peces... les está permitido; no a los hombres. Muchas veces me he preguntado si será más fácil de reconocer la profundidad del océano que la profundidad del corazón humano. A menudo, con la mano apoyada en la frente, de pie sobre los barcos, en tanto que la luna se balanceaba entre los mástiles en forma irregular, me he sorprendido mientras hacía a un lado todo aquello que no era el fin que yo perseguía, esforzándome por resolver ese difícil problema. Sí, ¿cuál es más profundo, más impenetrable de los dos: el océano o el corazón humano? Si treinta años de experiencia de la vida pueden, hasta cierto punto, inclinar la balanza hacia una u otra solución me estará permitido decir que, pese a lo profundo del océano, no podrá igualarse, en lo que respecta a dicha propiedad, con lo profundo del corazón humano. Estuve en contacto con hombres que fueron virtuosos. Morían a los sesenta años y nadie dejaba de exclamar: “Han practicado el bien en este mundo, lo que quiere decir que han sido caritativos:

18 Lautréamont: *Cantos de Maldoror*. México: Premià, 1988. Traducción y notas por Aldo Pellegrini.

eso es todo, no hay en ello picardía alguna y cualquiera puede hacer otro tanto”. ¿Quién comprenderá por qué dos amantes que se idolatraban la víspera, se separan por una palabra mal interpretada, uno hacia oriente, otro hacia occidente, con los agujones del odio, de la venganza, del amor y de los remordimientos, y no se vuelven a ver nunca más, embozado cada uno en su altanería solitaria? Es un milagro que, aunque se renueva diariamente, no deja por eso de ser menos milagroso. ¿Quién comprenderá por qué se saborean, no sólo las desgracias generales de los semejantes, sino también las particulares de los amigos más queridos, aunque al mismo tiempo se sufra la aflicción? Un ejemplo irrefutable para cerrar la serie: el hombre dice hipócritamente sí y piensa no. Por esta razón los jabatos de la humanidad confían tanto los unos en los otros, y no son egoístas. Todavía le queda a la psicología mucho camino por andar. ¡Te saludo, viejo océano!

Lo Maravilloso es la fuerza de renovación, común a todos los hombres, sea cual sea su cultura particular y el desarrollo de su inteligencia; permite entrever un acuerdo profundo más allá de las fronteras y de los intereses, una verdadera fraternidad que tiene su lengua universal en la poesía y el arte verdadero. Es probablemente la única realidad que conserva la esperanza en el hombre y en el porvenir. Es, como estos textos de épocas diferentes, una tradición viviente, el fuego que Prometeo robó y que no se apagará. Terminaré por esta corta evocación de Viellé-Griffin, poeta francés, nacido en Virginia, a mediados del siglo pasado:

Y el ciego destino en la noche

[se cumplió:

Abraza tu alegría, a lo lejos la aurora

[se asusta:

El día se levanta; el llano y el bosque

[se juntan

*El río que los une y la orgullosa
[montaña
No hacen más que una en este ardiente sueño
[de paisaje...
La ruta, aventureros, llega
[ante vosotros:
El bello viaje que hacer oh mi corazón,
[el viaje
¡lo harán en nosotros
[la Vida y el Amor!*

México, agosto de 1944